

pleo y la reducción de la pobreza. Junto al cambio en el diseño institucional, hace falta reorientar los objetivos, definir de nueva cuenta las prioridades de la economía. En los últimos veinte años, cuando la meta de las políticas económicas ha sido la contención de la inflación de dos dígitos, pero no el desempleo de dos dígitos, los resultados sociales y económicos han dejado mucho que desear en términos de eficiencia y más aún de equidad. Stiglitz lo expone con precisión: «Tiene que restaurarse un equilibrio: las preocupaciones de los trabajadores y las pequeñas empresas deben equili-

brarse con las preocupaciones de los acreedores; los impactos de las políticas sobre la salida de capital local deben equilibrarse con la atención visiblemente excesiva prestada a los inversores foráneos».

Los problemas que la globalización tal como la conocemos no ha resuelto, o los que ha acentuado, no encontrarán remedio en el libre juego del mercado, sino en un nuevo diseño institucional, al interior de los países y entre ellos. Por eso, una vez más, como descubrieron los economistas clásicos hace más de dos siglos, la economía no puede ser sino economía política.

CAMBIOS EN LA VIOLENCIA

Teresa Martínez Terán

YVES MICHAUD,
Changements dans la violence.
Essai sur la bienveillance
universelle et la peur,
París, Odile Jacob, 2002, 290 pp.

Cambios en la violencia. Ensayo sobre la benevolencia universal y el miedo es un estudio de las transformaciones recientes producidas en la esfera de los hechos, de los sentimientos y de las ideas por los fenómenos de violencia. Más que para saber que pasa en un momento y lugar (eso, la experiencia vivida o sobrevivida se lo ha ido indicando a cada uno), este ensayo se dirige a comprender el sentido general de las tendencias socio-políticas frente al creciente fenómeno de la violencia.

A diferencia de otros libros en los que el autor había venido tratando el tema,¹ este ensayo emprende su análisis crítico

en relación con el pensamiento clásico de la filosofía política y las nuevas tecnologías del poder. Si por un lado su reflexión establece las relaciones entre los hechos, las prácticas y los sentimientos recientes, por el otro deja ver que recrea una tradición filosófica reconocible que fue la que sostuvo las preocupaciones de M. Foucault, sin callar lo que la teoría crítica de Fráncfort ha aportado como método y referencia en el desciframiento ontológico de las relaciones del hombre con la violencia. El subtítulo llama la atención sobre la ambigüedad central de la sociedad moderna que involucra hechos calculados de agresión con el discurso benevolente del orden jurídico y de la paz.

La benevolencia convertida en principio universal es uno de los cambios en la amplia escala del nuevo orden/desorden jurídico mundial donde las amenazas y los hechos han generado miedo, confu-

sión, cinismo, sensiblería y malestar. Las transformaciones internacionales fundan un diagnóstico de incertidumbre: un mundo unipolar con múltiples focos de conflicto y amenazas de uso de armas nucleares, bacteriológicas y químicas que lo convierten en un campo de peligro multipolar. Pese a todo, la idea de una comunidad jurídica internacional se desarrolla en competencia con la inestabilidad.²

Entre los cambios operados en el interior de los Estados, se destaca la desaparición de la idea de la revolución como proyecto político racional o proyección religiosa secularizada. Un pensamiento único se ha ido perfilando y, sin embargo, como se explica en uno de los capítulos finales del libro, este pensamiento no ha sido elaborado seriamente. En el panorama descrito, alentado por prácticas neoliberales y el ejercicio de una democracia difusa y mediatizada, varias reacciones aparecen: los partidos sólo gestionan con la conciencia de que nada puede cambiar realmente, y otras visiones reiteran el pasado con los últimos milenarismos y profetismos: fin de la historia, fin del hombre, de la política, etc. Los nihilismos del hombre de la modernidad crepuscular que reducen la vida al fastidio de ser uno mismo, o a vivir como los puercos, y que Michaud traduce, analiza y critica.

El neozapatismo es otra de las reacciones surgidas en este tiempo de pensamiento unipolar que condena la violencia en nombre del humanitarismo. Sus demandas y luchas por cambios profundos reales, dejan ver, por otra parte y a juicio del autor de *Cambios en la violencia...*, la dificultad de tomar abiertamente la vía de la revolución.

Para Foucault, las luchas sectoriales y locales podían ser una alternativa frente a las totalizaciones e insuficiencias de la gran Revolución. Frente a la caducidad de ésta que él vio ligada al milenarismo de la

filosofía política moderna, la que esperaba el gran advenimiento como en la Edad Media se había esperado la segunda venida de Cristo y la transformación radical. En cambio, las luchas sectoriales hoy se muestran lamentablemente fragmentarias; y escribe Michaud, los movimientos antiglobalización que sostienen el lenguaje confuso de la no-violencia activa y un anarquismo libertario, por mucho que hayan sufrido represión, vienen a ser casi una parodia de lo que fueron las masacres del 68 en México, la de la plaza de Tian An Men en 1989, o la de los argelinos en París en 1961. Estos movimientos, durables o temporales, se encuentran ligados a la desaparición del socialismo y a la evidencia de sus errores.

Los fracasos de los intentos revolucionarios más o menos organizados, su perversión en algunos casos, indican que estos movimientos no sólo fueron atacados por una nueva tecnología militar, ni sólo por los ancestrales métodos de infiltración y perversión que los desvirtuaron desde su interior, sino por razones más profundas que habría que buscar, como intenta Michaud, en el fondo ontológico y desvirtuable del hombre, en su miedo y fascinación por la violencia. Él afirma que a la idea de la revolución se opuso la idea de la experiencia democrática sin que haya garantía de que ésta no fortalece los gobiernos burgueses o los grupos económicamente más potentes.³

Otro efecto de la desactivación de los proyectos revolucionarios es la confusión de ideas. Antes, la revolución se distinguía claramente de los conservadurismos. Los revolucionarios querían cambiar el mundo y los conservadores conservarlo. Hoy, cuando los cambios son introducidos por la tecnología, la publicidad, la mercadotecnia, la revolución ya no es obra de los revolucionarios, sino el nombre que se le da a cualquier cambio inútil

y sinsentido en la movilización infinita y acelerada del propio sistema. Hoy, cuando el hombre busca desesperadamente fines para sus medios, el progresismo, que sustituyó en algunos reformistas el término de política revolucionaria, se da también en la muerte, en el sadismo, en el horror y en el terror. Otra propuesta es la de restablecer, con apoyo en nuevas elaboraciones, la idea de justicia en las retribuciones y en las contribuciones, el florecimiento humano del mayor número posible, el mejoramiento de la calidad de vida de las mayorías, el respeto a la regla de derecho. Medidas todas de las que el libre mercado no quiere saber en su empeño por disminuir la intervención del Estado en las prácticas de la libre circulación. En una actitud sumamente crítica del pensamiento nihilista europeo, el ensayo advierte que cuando se pierde la claridad de la distinción y ya no hay otra perspectiva, se prefiere quedarse en la resignación de contemplar el fin de la historia y en el triunfo del pensamiento único.

No podía faltar, en el inventario político de la violencia, los cambios en el campo de la inseguridad civil, esta vez para mostrar los problemas internos de las democracias desarrolladas, pero también de los países en crecimiento, o que se están integrando en el proyecto de democratización. En el caso de la inseguridad en países considerados civilizados y regidos bajo el signo del derecho, se denuncia una falta de conceptos cuya producción sería necesaria para aclarar el encabalgamiento de los hechos y de las representaciones: «para todas estas formas nuevas de delincuencia los modos habituales de represión son, sea inoperantes, sea inadaptados».⁴ Algunos de estos delitos se producen en los intersticios abiertos por la libertad de asociación, de protección y de derechos individuales, es decir, en la encrucijada creada por la democracia política y las

condiciones económicas de marginación y de desempleo que se viven en la misma sociedad.

Con todas las advertencias y matices que hay que considerar cuando se trata el tema de la seguridad, y que este texto considera, el efecto se palpa socialmente en la desconfianza recíproca, el aislamiento voluntario de los ciudadanos a causa del miedo, y en un sentimiento de vulnerabilidad que, todo, concurre a desintegrar el lazo social y el contrato de paz civil. Una reflexión en este capítulo recuerda que el mundo ya no se divide entre amigos y enemigos como creía Carl Schmitt, sino que la misma fluctuante voluntad que da cuerpo al contractualismo hace pasar al socio, al ciudadano o al cónyuge del estatuto de aliado al de adversario. Tal ambigüedad, pudiendo desembocar en nuevos modos más ricos y más complejos de estar juntos como el de la sociedad multicultural, desemboca las más de las veces en relaciones sociales crispadas y en un fortalecimiento del individualismo. La comunidad ya no aparece más que esporádicamente en la forma virtual de la red de teléfonos móviles que la une, o en las cadenas de *e-mails* que la convocan en una protesta, o atónita frente al televisor un 11 de septiembre en que se derrumban las Torres de Nueva York.

Cambios en la violencia evoca que para Hannah Arendt el totalitarismo atomizaba el lazo social, mientras que aquí los factores disolventes actúan dentro de la misma democracia y en el marco del Estado civil, lo que multiplica las razones de inquietud. Otro de los rasgos de la violencia contemporánea se sitúa en el nivel de su mundialización mediática instantánea. «No hay nada que los medios no canibalicen, y lo que no es canibalizado por ellos, no existe.»⁵ Con los consecuentes resultados de banalización y confusión entre lo que es históricamente importante

y lo que es anécdota o chisme del corazón. Michaud reitera aquí una afirmación que ya habíamos leído en otro de sus libros: los medias estetizan la verdadera cara de la violencia que es mucho más terrible en la realidad. La mediatización de la violencia logra a veces generar comunidades afectivas en torno a una catástrofe, a un atentado, a alguna devastación natural, pero la sensiblería que une en un momento a individuos egoístas y aislados por el miedo no es permanente ni profunda, sino que crea la ilusión de estar compartiendo sentimientos y de haber formado parte de una comunidad.

El trabajo de los expertos en materia de comportamientos humanos y de tecnologías no podía dejar de ser tratado aquí, incluso si sus continuas reflexiones no aportan soluciones efectivas a los problemas, sino un flujo de verbalización que a golpes de propuestas, controles y normas contribuyen a la toma de conciencia por parte de la población y al encuadramiento de la violencia en lo aceptable o tolerable. La función especializada conduce casi a los mismos patrones que los medias: actitudes sociales de compasión e indignación por las víctimas del desastre natural o humano al mismo tiempo que a acrecentar el miedo y el aislamiento en individuos egoístas que demandan cada vez más controles, medidas de seguridad y prozac. Y en cualquier caso, «el sueño secreto de ver explotar el mundo». Es esa secreta connivencia y gusto humano por el espectáculo de la violencia lo que hace tanto el negocio de los medias como el empleo de los expertos y, desde luego, las ganancias de los violentos. Las respuestas de las ciencias especializadas serían, entonces, más que una explicación, parte del objeto a explicar y a analizar.

La segunda parte del ensayo se ocupa de los cambios en los sentimientos. Entre estos hay algunos que contienen la tenden-

cia del hombre a la violencia, tales son el miedo y la necesidad de seguridad y de confort. Michaud reincorpora elementos que el pensamiento político clásico había colocado en el lado opuesto del trinomio racionalidad-derecho-paz: recupera las pasiones, los sentimientos, los afectos, ya no sólo como tema de reflexión, sino como lo que ha motivado las acciones humanas. Estos móviles emotivos llegan a formar disposiciones afectivas estables que encuadran las conductas; y con ello el autor deja a un lado las entidades confusas llamadas «valores» para proponer nuevos conceptos cuyas afinidades filosóficas pueden ser identificadas: el reconocimiento del *pathos*, de la violencia, de la crueldad que está en el fondo humano y en el interior mismo de los procesos de racionalidad. La relación violencia-derecho ha tenido, no obstante, una historia de legitimación en las estructuras medios-fines, en la idea de la «razón de Estado», en las ideologías de la dignidad humana y de la autoafirmación, en el monopolio legítimo de la violencia, pero el pensamiento post-68 la ha condenado en nombre del pacifismo.

¿Cómo entender esta condenación paralela a las prácticas de las «limpiezas étnicas», las «masacres genocidas», la tortura, la pena de muerte, la instrumentalización técnica de los controles, el terrorismo internacional, el deterioro de los lazos comunitarios por las competencias interpersonales y las exclusiones generadas por los mismos que pregonan el pacifismo? Este ensayo da una explicación de cómo y en medio de qué eufemismos se ha podido dar la conjunción de la condena moral y el uso de la violencia. El principio de benevolencia, que es un principio afectivo y una política universal, funda en buena parte los juicios morales sobre la violencia y evoca los derechos humanos como el respeto al hombre universal, pero se combina con las maneras personales de

calcular y de ver por la propia utilidad. Los derechos humanos y los sentimientos humanitarios, yendo en el mismo sentido, contribuyen a que el mundo sea visto y vivido en una dimensión moralizadora, no porque ahora sea bueno, aclara el autor, sino porque en la óptica alegre de la ayuda social, el mal vuelve a ser excluido como error o fatalidad.

Michaud no ve en las paradojas de la benevolencia y los egoísmos una actitud hipócrita, el filantropismo tiene su autenticidad como la tienen las pulsiones sádicas, se trata más bien de una adaptación del hombre a las condiciones contradictorias que le obligan a tocar en el doble teclado del humanismo y de la egolatría. El miedo a la muerte y el rechazo a los costos en vidas han sufrido cambios en relación con las nuevas condiciones de confort, de protección, de seguridad, y los riesgos son percibidos de modo que nada vale la pérdida de la vida. Más protegidas y cómodas, las sociedades occidentales muestran un mayor pánico frente a los peligros y la eventualidad de pérdidas. No obstante esas prácticas y maneras de pensar, se puede decir que en todas partes la predación está presente. La siguiente afirmación, en consonancia con los epígrafos de Adam Smith que abren el capítulo «Pasiones civiles, pasiones guerreras», señala que el robo, la rapiña, la piratería, la colonización, han sido formas normales de enriquecimiento, pero que se van combinando en la mayoría de los casos con la gestión empresarial de los conflictos que es la que hoy da a la política su apariencia de racionalización. La más amplia de las victorias guerreras no reditúa, como se sabía desde hace mucho, lo que una penetración cultural, económica y comercial. Las pasiones predatoras acompañan los intereses y los cálculos del comercio.

En el orden o desorden de las ideas, piensa Michaud que los cambios atañen

más a los paradigmas que a los conceptos. La tradición republicana y académica sigue pesando con sus tradiciones de voluntad general, de Estado-nación, de soberanía, como si Foucault, explica, no hubiera criticado con virulencia la imaginería política hobbesiana que desconocía la verdadera naturaleza del poder. Las teorías del contrato habían recludo la violencia en los ficticios estados de naturaleza o, como dice el autor, en los movimientos de resistencia y de rebelión. Las «salvajerías teóricas», que así las llamó Foucault, cumplieron su función en las condiciones históricas de su emergencia, y en este libro leemos que se transformaron en el siglo XIX en teorías instrumentales de la conformidad y de la disciplina cívica.⁶ La obediencia es aquí consentimiento libre y realización plena de sí, sumisión voluntaria. La exclusión de la violencia en la filosofía contractualista trajo como resultado una incapacidad para pensar los fenómenos que le son consubstanciales, incapacidad incluso para reconocerla. No es casual que Michaud aluda a una tesis formulada en *Violencia y política*, uno de sus libros anteriores que contó con la opinión positiva de Foucault, pues en efecto, el tema de la violencia llenaba la función de un anti-contrato social y «era el síntoma de la desaparición de la pertinencia misma de la idea de contrato».⁷

El análisis de las representaciones de la violencia y de sus codificaciones o exclusiones durante los siglos XVIII y XIX, así como su redescubrimiento en el Maquiavelo de C. Lefort o en el Clausewitz de R. Aron, nos lleva finalmente a observar cómo se articula el pensamiento de la violencia con el de la división de lo social del que hoy conocemos varias expresiones. Una de ellas sigue siendo la teoría de la lucha de clases, otra se encuentra en una teoría conservadora del orden que aprehende en términos dialécticos el con-

flicto y el consenso, y la tercera es la que subraya las diferencias culturales y que, a partir de allí, formula reivindicaciones sectoriales. La inevitable separación que debía ser hecha entre la violencia política y la delincuencia, entre la Revolución y la criminalidad, generó diversas posiciones que tras los debates condujeron en general a aceptar la existencia conjunta de prácticas de represión y de normalización en la sociedad.

Uno de los aciertos de este libro es que reflexiona el problema a través de las contradicciones, complejas movilizaciones, ambigüedades y laberintos que el mismo sistema ha generado, pero sobre todo que lo reflexiona en la misma interioridad del hombre occidental y de su sistema. Con el reconocimiento de la violencia en el seno mismo de las sociedades que creían vivir bajo el signo del derecho, de la técnica y del bienestar, ya no hay exterioridad donde proyectarse.⁸ El malestar podría radicar en ese hecho que amplió el mundo a escala global y donde ya no hay ni tierras de nadie ni estados de naturaleza donde segregar la violencia, está realmente en el descubrimiento de la «salvajería» real en el interior del hombre mismo, incluso si se trata del más «civilizado» de los hombres, justamente porque se trata de él.

Para el hombre occidental, los bárbaros eran, al menos, una solución. Pero, como enuncia el poema de Kavafis citado por Michaud, no hay bárbaros. Las caras de temor reunidas en la plaza esperaban el ataque de los bárbaros, pero éstos no llegan y los gestos se transforman en tristeza y desilusión cuando la gente que viene de la frontera les cuenta que no hay bárbaros. El bárbaro ha tenido muchas caras, y una de ellas es la del mismo hombre que lo inventó para tener fuera y lejos de sí el mal, la locura, la patología, el error. Un apunte de fin de capítulo nos dice que si

en el orden de los hechos y de los sentimientos había contradicciones, en este de las ideas lo que hay es confusión y, más, malestar.⁹

En la quinta y última parte, «Acciones y escenarios», se asienta: en un sistema sin exterior ni enemigos la violencia se vive como malestar. Bajo el principio de benevolencia que condena la agresividad en general, nos vemos tentados a excusarla o justificarla en cada caso concreto: lo mismo si se trata de entender el terrorismo que el antiterrorismo. Sin embargo, y aunque la violencia sea de todas partes como de todas partes es el sistema mundial que nos constriñe, la descripción de Michaud no deja de ser una ventana que permite asomarse al interior del hombre ultramoderno, a sus temores y expectativas, o a la falta de ellas. Y mientras algunos reflexionan ese malestar, otros viven las amenazas y las catástrofes en la inmediatez y culpando todavía al enemigo imaginario, conforme a los estereotipos e ideologías políticas que no cesan de arrojar el mal en los confines «anacrónicos» de sus fronteras y en el alma perversa del otro. En cuanto al individuo, vemos que sus reacciones son diversas y que van desde el juego con las resistencias y normas del sistema hasta la abstención y hasta la ruptura radical. En la concha protectora que le sirve también de cárcel, el individuo se las arregla como puede, alimentando en la frustración las ganas de destrucción y de muerte.

La crítica recae sobre algunas de las interpretaciones filosóficas de la situación mundial y no deja de plantear objeciones, por ejemplo, a las argumentaciones de Baudrillard. En todo caso, el terrorismo no es simbólico como no fueron simbólicos los muertos que produjo. Michaud tiene en cuenta tanto las ambigüedades vividas a nivel individual como social y la interrogación sobre si el integrista de los

derechos del hombre no es la otra cara del integrismo fundamentalista. Lo que conduce también a criticar los procesos neoliberales que benefician a los grupos económicamente fuertes debilitando la participación del Estado en la regulación social, al mismo tiempo que propician la libre circulación del crimen organizado a escala internacional. En los escenarios del porvenir que Y. Michaud imagina y que aborda en el último capítulo del libro, dos virtualidades se dibujan: el aislamiento a ultranza del Estado-nación hipertecnologizado, protegido en su búnker de maquinización e insospechables posibilidades eugenistas, o la construcción de un Estado cosmopolita con sus inconvenientes de regulación, pero también con sus ventajas

para el control de los procesos destructivos: el único que permitiría hacer frente tanto a los problemas de la violencia como a los del equilibrio ecológico de la Tierra y a la amenaza de la manipulación de la especie.

Antes de que llegue el futuro, ahora que todavía es posible reflexionar estas cuestiones, se comprende una previsión: según el miedo sentido o inspirado, la tendencia se dirigirá en una o en otra dirección. El temor a las guerras bacteriológicas, al conflicto nuclear o a las manipulaciones genéticas, será finalmente el remedio que hará preferible la oportunidad de una construcción jurídica cosmopolita, y será la misma pasión del miedo la que nos haga superar las fronteras de la alteridad.

NOTAS

1. Y. Michaud, *Violence et politique*, París, Gallimard, 1978; *La violence*, París, PUF, 1986; *La violence apprivoisée (Débat avec Olivier Mongin)*, París, Hachette, 1996.

2. *Changements dans la violence...*, pp. 55-56. Un ejemplo es la constitución de tribunales internacionales para juzgar los crímenes contra la humanidad, pero cuyos resultados han sido poco eficaces y claros.

3. *Ibid.*, p. 63. Y asienta que si con Sartre se podía decir que hay razón en rebelarse, en adelante sólo se puede decir que hay razón para resistir.

4. *Ibid.*, p. 72.

5. *Ibid.*, p. 89.

6. *Ibid.*, p. 204.

7. *Ibid.*, p. 205.

8. *Ibid.*, p. 220.

9. *Ibid.*, p. 230.